ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Valga un ejemplo del modo de proceder de van Ree: lo que Ortega lleva a cabo es una "historia analítica", selectiva, *poiética*, que persige el desvelamiento de la "estructura profunda" que sostiene a la nación española; esta historia analítica, sin pretensiones de acumulación totalizantes, está obligada a seleccionar una "perspectiva" desde la que ejercer su síntesis constructiva. "Estructura" y "perspectiva" se constituyen, pues, como auténticas herramientas de trabajo del "método formal" que aplica Ortega en la configuración argumentativa de este texto. Ahora bien, en el análisis exhaustivo y pormenorizado al que se somete el texto orteguiano, transparece claro que la aplicación del "método formal" no es exclusiva ni dominante, sino que coexiste con una metodología de carácter "organicista", basada en la metáfora decimonónica, de raíz naturalista y regeneracionista, de la "enfermedad de España". Van Ree desvela una "metodología híbrida" en la argumentación del texto orteguiano, una confluencia de lo "formal" con lo "orgánico" que posibilita la superación del pesimismo que conllevaba la adopción del marco intelectual del problema de España en términos de enfermedad.

Del análisis de los otros textos orteguianos también se desprende esta mezcla de tipologías de argumentación organicistas con formalistas, una metodología híbrida de carácter orgánico-lógico que pone de manifiesto la superación por parte de Ortega de unos hábitos mentales propios del siglo XIX a través de una apertura europeísta e integradora. Y esto, que fue así efectivamente a nivel temático, algo que ya ha sido bien explicitado por una abundante bibliografía crítica, van Ree lo desvela también a nivel textual, en el tejido retórico de su discurso, en la malla trópica y en la red argumentativa del texto, con lo que se evidencia la extremada coherencia y fiel correspondencia de forma y contenido en la obra orteguiana. Ya advirtió de ello el propio Ortega cuando decía que el estilo, el suyo, eso que a Indalecio Prieto le parecía una corbata vistosa, resultaba ser, en el fondo, su propia columna vertebral (XI, 362).

## EL SER DE LA PALABRA NOVELADA

SALAS FERNÁNDEZ, Tomás J.: *Ortega y Gasset, teórico de la novela*. Málaga: Universidad de Málaga, 2001. 200 p.

ORCID: 0000-0003-0139-9714

J. Z. B.

Fruto de su memoria de licenciatura (*Ideas sobre la novela en el ensayo de Ortega y Gasset*, 1987) y de su tesis doctoral (*Los géneros literarios en el ensayo de Ortega: novela, teatro y poesía*, 1993), nace esta obra de Tomás J. Salas Fernández, que pretende, como él mismo afirma, "sistematizar y ordenar las ideas de Ortega sobre la novela de forma que se vean como un *corpus* teórico coherente" (p. 11), y mostrarlas dentro de su obra y su filosofía, porque, como dice el autor, Ortega es ante todo filósofo



**Cómo citar este artículo:**
Zamora Bonilla, J. (2002). El ser de la palabra novelada. Reseña de "Ortega y Gasset, técnica de la novela" de Tomás J. Salas Fernández. *Revista de Estudios Orteguianos*, (4), 210-213.
https://doi.org/10.63487/reo.774

Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

y su hacer está siempre marcado por su afán de alcanzar la verdad.

La pretensión de Salas es loable aunque el encuadre dentro de la filosofía orteguiana resulta insuficiente a pesar de ser acertado. Es loable porque el pensamiento de Ortega, especialmente en estos temas adyacentes a su filosofía, se fue desparramando por artículos de diarios y revistas sin que el filósofo encontrara tiempo o ganas de ponerlos en un todo sistemático y coherente. Calificativo éste que, no obstante, cuadra con muchos de los ámbitos del pensamiento orteguiano a pesar de estar expresado en textos alejados a veces por más de treinta años. Por eso, resultan especialmente útiles estos libros que sistematizan y muestran la coherencia de las ideas de Ortega sobre temas específicos a través del análisis de distintos escritos orteguianos. Salas toma como referencias esenciales para su estudio "Adán en el Paraíso" (1910), *Meditaciones del Quijote* (1914) e *Ideas sobre la novela* (1925), y después aplica el modelo orteguiano de novela al *Quijote*, que es sin duda la obra fundamental que tiene Ortega presente al meditar sobre la novela, sin perjuicio de las ideas que aportan a favor y en contra para la construcción del modelo las lecturas de autores como Dostoiesvki, Stendhal, Baroja, Pérez de Ayala, Proust y Gabriel Miró.

El autor no olvida que Ortega además de haber meditado en diversas ocasiones sobre la novela fue desde muy joven un peculiar crítico literario. Así, en el último capítulo, Salas analiza diversos textos de Ortega sobre Valle-Inclán, Miró, Pérez de Ayala, Barrés, Anatole France, Proust, Constant y Baroja. Como crítico literario, Ortega más que diseccionar el argumento de la obra y mostrar la puesta en práctica de los usos literarios, lo que hace es ir más allá de la obra y entrar en las cuestiones que ésta suscita o sugiere desde una perspectiva filosófica. Ortega crea un ambiente entre el autor y el potencial lector, propicio para incitar a éste y guiarle pedagógicamente en la comprensión del texto. "No hallo –escribe Ortega en las *Meditaciones del Quijote*– cuál pueda ser la finalidad de la crítica literaria, si no consiste en enseñar a leer los libros, adaptando los ojos del lector a la intención del autor" (I, 323). Y unas páginas más adelante: "Así, un estudio crítico lo entiendo como el conjunto de puntos de vista desde los cuales sus libros adquieren una significación potenciada. No extrañe pues, que se hable poco del autor y aun de los detalles de su producción; se trata precisamente de reunir todo aquello que no está en él, pero que lo completa, de proporcionarle una atmósfera más favorable" (I, 326).

Libros como el presente muestran también la riqueza del pensamiento orteguiano, que es capaz de iluminar extensas zonas de la realidad e incitar las más diversas meditaciones por encima del estricto ámbito de la filosofía propio del que fuera catedrático de Metafísica. Ortega es siempre una mirada inteligente a la realidad, sea cual sea el tema que trate, independientemente de lo acertado o no de las ideas expuestas. En definitiva, una mirada incitadora.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Como teórico de la novela, Ortega diferencia este género literario de la épica. Frente al mundo mitológico y de hazañas inverosímiles de la épica, la novela presenta una realidad –todo lo irreal que se quiera– más próxima y cotidiana. El mundo de la épica es un pasado remotísimo, concluso, sin retorno, mientras que en la novela cabe cualquier tiempo y, si es pasado, es siempre un pasado creíble, próximo por muy alejado que esté en el tiempo.

Ortega también diferencia la novela de la tragedia griega. El personaje de la tragedia (Edipo, por ejemplo) es arrastrado inexorablemente por el destino, mientras que el héroe de la novela moderna (Don Quijote) lucha por ser quien es –"yo sé quien soy", dice en alguna ocasión el ilustre manchego– y hacerse su propio destino. La novela tiene para Ortega más similitudes con la comedia, que como decía Cicerón es *imitationem vita, speculum consuetudinis, imaginem veritatis*, nos recuerda Salas. Es así la novela un género mixto y plural (Ortega trae a la memoria que su autor llamó tragicomedia a *La Celestina*), donde cabe casi todo: ciencia, religión, arenga, sociología, juicios estéticos (*Ideas sobre la novela*, III, 392).

Según Ortega, la novela nace en el Renacimiento y su nacimiento está ligado al interés de esta época por el hombre. Lo fundamental en una novela es, para Ortega, la creación de almas interesantes. Por eso en *Ideas sobre la novela* pone como ejemplo a Dostoiesvki. En un segundo plano, queda la trama, porque no es tan importante que los hechos sean interesantes en sí mismos sino la manera en que el autor los presenta. Para la creación de esas almas interesantes, Ortega piensa que el novelista debe recurrir a una presentación indirecta del personaje, en la que el diálogo juega un papel clave. Ya en 1910 Ortega hablaba de "la novela como categoría del diálogo" ("Adán en el Paraíso", I, 489). Sin ningún género de dudas Ortega tenía presente las largas y amenas conversaciones que Sancho y el Caballero de la Triste Figura mantienen a lo largo de la genial obra cervantina, durante las cuales se va decantando como un buen vino la personalidad de los personajes.

La novela, según Ortega, tiene que crear una cierta atmósfera, un ambiente, para lo que es esencial la descripción morosa de la circunstancia que envuelve a los personajes. Por eso opone el filósofo la descripción como elemento constitutivo de la novela a la narración, más propia de las obras ideológicas. Hubiera sido interesante que Salas analizara este aspecto de la teoría orteguiana en paralelo con el concepto de razón histórica, una razón esencialmente narrativa, y la forma en que narración y descripción se hermanan en la biografía, género literario por excelencia para Ortega.

En estrecha relación con la necesidad de que el novelista cree un ambiente, está el tema de que la novela sea un mundo cerrado en sí mismo, teoría que algunos críticos han calificado como "hermetismo" y de ahí han derivado una presunta deshumanización del concepto orteguiano de novela. Salas contribuye a aclarar estos aspectos, mostrando que no se trata de que la novela no trate cuestiones de la realidad acu-

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

ciante sino de que la novela cautive al lector y lo meta en su mundo creado de forma que aparezca ella misma como una realidad por muy irreal que sea su argumento. Afirma Ortega que la novela "está destinada a ser vista desde su propio interior, que es lo que acontece también con el mundo verdadero, del cual, por inexorable prescripción metafísica, es centro cada individuo en cada momento de su vida" (*Ideas sobre la novela*, III, 413). No hay espacio para detenerse pausadamente en el comentario de esta frase, pero es una lástima que Salas no haya sacado de la misma todo el partido que tiene, pues enlaza plenamente la teoría de la novela de Ortega con su filosofía raciovitalista. El filósofo tiene aquí presente la monadología de Leibniz, que es por estos años centrales de la década de los 20 la metafísica de bolsillo que utiliza Ortega para orientarse en su búsqueda de una realidad radical en la que anclar el sistema de su filosofía. El ahondamiento en los conceptos aristotélico de *energeia* (a través de Brentano) y de sustancia leibniziano entendida como *vis activa* será lo que permita a Ortega entender la vida humana de cada cual como realidad radical, superando así el neokantismo y desarrollando a su manera –más preocupada por la actitud natural– la fenomenología de Husserl.

Son otros muchos los temas sugerentes a los que nos encamina el pulcro libro de Salas, como aquellas páginas donde trata el quijotismo de Unamuno y el cervantismo de Ortega. Ya los verá el lector interesado.